

Maestros Antiguos según Mahler, de Thomas Bernhard y Nicolas Mahler

Trad. de Miguel Sáenz; Madrid: Ediciones Sinsentido; 2013; 158 pp.; ISBN 978-841-5530-24-4.



Candelaria del Barco Billoni

Universidad de Buenos Aires, Argentina

En la Sala Bordone del Kunsthistorisches Museum de Viena, ante el cuadro titulado *El hombre de la barba blanca*, se sienta, día por medio –respetando religiosamente la regularidad de sus visitas–, un hombre con sombrero. Reger, quien desde hace decenios se entrega a la minuciosa observación de la obra del maestro de la escuela veneciana, resulta ser, simultáneamente, observado: desde una sala contigua, su buen amigo Atzbacher, voz de la narración, toma al personaje como objeto de múltiples apreciaciones al tiempo en que reproduce sus meditaciones y sentimientos en relación con el arte y los artistas. De esta manera, mediante una serie de ilustraciones en las que predomina la representación caricaturesca, la novela gráfica de Nicolas Mahler, adaptación de la obra homóloga de Thomas Bernhard, propone un recorrido a través de diferentes salas del museo en cuyo discurrir se recuperan las –siempre polémicas– consideraciones de Reger respecto de disciplinas como la pintura, la música, la literatura y la filosofía.

Reger, para quien el arte ha consistido a lo largo de su vida en un refugio (especialmente desde la muerte de su esposa, momento a partir del cual se ha consagrado con mayor diligencia a la contemplación de diferentes obras pertenecientes a la colección permanente del museo), da cuenta de notables disonancias en lo que a sus ideas artísticas y hábitos concierne: por un lado, declara aborrecer las instituciones museísticas desde los remotos tiempos de su infancia, pero, por el otro, asiste regularmente a una. De modo similar, afirma detestar a los denominados Maestros Antiguos, pero admite también que, de forma constante, lidia con la imperante necesidad de perpetuarse en la apreciación de sus creaciones: a tal punto es decisivo este hecho en el devenir de su vida que, en palabras de él, debe hacerlo “para poder seguir existiendo” (Bernhard y Mahler, 2013: 37).

Su afán artístico, lejos de corresponderse con un tipo de consideración estética que implique los modos del llano placer, entraña las marcas del desprecio y la aversión. Reger admira y reprueba simultáneamente, se regocija en la contemplación de sus obras predilectas al tiempo en que las aborrece sin tapujos: su alma es el alma del crítico y su ejercicio no concibe la grandeza asociada a determinadas

personalidades u obras como barreras infranqueables. Por el contrario, su espíritu crítico busca atravesarlo todo. Así, en el despliegue de las razones que hacen a su modo de vinculación con la esfera artística, el personaje aborda, con una marcada cuota de cinismo en la que se cifran las notas humorísticas del texto, diversas problemáticas en relación con la obra de arte y el proceso creativo del que ésta emerge: la cuestión del goce, el genio artístico, el deseo de perfección e, incluso, las íntimas relaciones entre arte y Estado son algunos de los puntos sobre los que recaen sus disquisiciones.

En el devenir de sus reflexiones, por otro lado, se hace patente una marcada revalorización del detalle: “al fin y al cabo, el mayor placer nos lo dan los fragmentos, y qué horrible nos resulta el todo y nos resulta, en el fondo, la perfección acabada” (ibíd., 65), sentencia, en este sentido, el texto; afirmación que supone no solo una forma alternativa de apreciación estética que se desentiende de la tradicional tendencia a considerar la obra de arte en términos de una unidad totalizadora creada por un genio que encarna una autoridad incuestionable, sino, también, la instauración de un modo –pretendidamente– más adecuado para la comprensión intelectual, pues, como explica Reger, aquel “que lee todo no comprende nada” (ibíd., 42).

La obra de arte, entonces, demanda a su espectador una mirada que extraiga, a partir de la observación detenida del detalle, placer y/o sentido. En relación con ello resulta, en este punto, lícito considerar que el caricaturista observa y reelabora el mundo circundante de un modo similar: en la recuperación de aspectos fragmentarios y, sobre todo, particulares es que funda su labor, configura sus personajes, narra sus historias, produce sentido y posibilita, al lector, un acercamiento a la obra atravesado por la experiencia de lo placentero. En otras palabras, Reger manifiesta un entusiasmo por la observación detenida y fragmentada que, en la medida en que supone reparar en un rasgo particular para explotar la riqueza de sus posibilidades representativas, bien puede vincularse con el arte de la caricatura, arte que da origen a este libro.

Pero la cuestión no se agota en estas consideraciones: detrás de esta celebrada disposición contemplativa se esconde, además, una apuesta por la ligereza que implica una suerte de rectificación moral: fragmentar supone, como es sugerido en el texto, transformar lo perfecto y lo acabado en algo tolerable, pues, en palabras de Reger, “un gran cuadro importante solo lo soportamos cuando lo hemos convertido en caricatura” (ibíd., 73). La mirada caricaturesca, que es aquella que en su observar desacraliza, adquiere entonces una dimensión del orden de lo necesario, de lo vital, e invita a un acercamiento a la obra de arte que parta de premisas alternativas. De esto se sigue que, si las ideas propuestas por el personaje de Mahler y Bernhard alcanzan algún éxito, esta excepcional novela –que destaca no solo por el carácter transgresor de sus postulados sino, también, por la elegancia y el equilibrio estético de sus viñetas– ha de propiciar un encuentro con el lector que será, asimismo, excepcional.